

Entrevista con Fernando Sánchez Dragó

EN el principio fue Tartessos. Allí —o así— comenzó España: una historia circular, laberíntica que aún nos va a deparar muchas sorpresas. Pero todo, o casi todo, tiene sus comienzos. Y en los comienzos de España, como de cada pueblo, están arcanos, mitos, leyendas y arquetipos.

Ante ese horizonte a medias conocido y oculto se plantó hace más de cinco años **Fernando Sánchez Dragó**, con la sana intención de desentrañar algunas de las raíces de los españoles.

Este hombre —licenciado, profesor, traductor y periodista— investigó durante cerca de seis años, recorriendo España de punta a punta, visitando bibliotecas y aldeas perdidas, consultando legajos y tradiciones orales, hasta concluir esta monumental «**GARGORIS Y HABIDIS: UNA HISTORIA MÁGICA DE ESPAÑA**» (*) que acaba de publicarse y que está obteniendo ya un importante éxito en cuanto a crítica y ventas.

Desde los mitos de las columnas de Hércules o la leyenda del Jardín de las Hesperides, hasta la decadencia de los últimos Austrias o el motín de Esquilache, pasando por el camino de Santiago, Prisciliano o los mozárabes, Fernando Sánchez Dragó analiza, investiga, relaciona, sugiere en una ininterrumpida sucesión de datos, ideas o hipótesis, para configurar finalmente una discutible pero apasionante interpretación del ser y el devenir de los españoles.

(*) Cuatro volúmenes, 1058 págs., Ediciones Hiperion, Madrid, 1978

Una historia mágica de España

Alfonso González-Calero

—¿Cuál es la hipótesis o punto de partida de su investigación?

—Hacia los extremos de Europa, hacia el Mediterráneo, yo soy un jungiano, eso crea o pulsa todo aquello que la razón no comprende, todo lo que es monstruoso, anormal, místico, mágico, todo lo que responde al subconsciente, al terreno de lo irracional. A lo largo de muchos miles de años se va acumulando por aluvión una sedimentación mística, mágica, en los esóteros del Mediterráneo (la península ibérica y Creta). España empieza a funcionar desde la antigüedad como una especie de vertedero del pensamiento ocultista, de todo lo que Europa no entiende. A mi juicio, yo soy un jungiano, eso crea o enriquece lo que es el inconsciente colectivo de los españoles: esa sedimentación irracional sería la que, desde los rincones más ocultos del subconsciente, produce este tipo de peculiaridad que es la psicología española: no sólo el europeo nos ha sentido siempre como diferentes a él, sino que el español se ha sentido a sí mismo diferente al resto de Europa: al margen de slogans turísticos de Fraga, lo cierto es que hay una peculiaridad española que se viene poniendo de manifiesto, incluso en nuestros días.

El libro es la búsqueda de este inconsciente colectivo de los

españoles. Lo busco a través de las huellas que han quedado en la posteridad: esas huellas son mitos, leyendas, hechos conservados por tradición oral, y constituyen los síntomas, los arquetipos de ese inconsciente colectivo. Yo parto de la base, profundamente jungiana de que la única forma posible para el ser humano de alcanzar la felicidad es coincidir consigo mismo: que el inconsciente y el consciente sean idénticos: en la medida que esto se consigue el hombre es feliz; y si no, el hombre está inquieto, en conflicto permanente, etc.

Evoco la España antigua que era una España feliz, que coincidía consigo misma. A partir de un momento dado, apetencias extranjeras, que responden por tanto a otra mentalidad, empiezan a intervenir aquí, generalmente, por la fuerza de las armas, o en cualquier caso de forma violenta (con o sin armas). La influencia más notoria es la representada por Francia e Italia (primero como Roma, después como el Vaticano). Esta intervención provoca una desviación respecto a nuestro subconsciente, desviación que se ve continuamente equilibrada por la aportación de elementos orientales (moros, judíos y otros muchos).

—Es decir, que supone que la aportación árabe y judía

equilibra la influencia racionalista europea...

—Efectivamente, nos ayuda a encontrarnos con nosotros mismos y lo mejor que damos de nosotros mismos proviene de ese contexto, digamos, oriental. En realidad no es que sea oriental porque había salido de aquí mismo.

Lo que nos aportan moros y judíos luego, ellos ya se lo habían llevado de aquí previamente. Mi tesis es que los judíos no vienen a España sino que vuelven: **Sefarad** en lengua hebrea significa España, y los sefarditas son un tipo específico de judíos —diferentes de los askenazis— que vuelven a España, en la que ya probablemente habían estado tras la diáspora que siguió a la tercera destrucción del Templo. Toledo —coinciden muchos autores— es una ciudad de origen judío, **Toledoth**, y será el centro de atracción de la diáspora sefardita.

Mientras judíos que van a Europa central (los askenazis) se dedican a actividades mercantiles y económicas, de los sefarditas españoles surge, por ejemplo, la Cábala.

Algo parecido sucede con los moros.

En España siempre hubo moros, por una simple razón geográfica: el estrecho de Gibraltar es un lugar de paso, y eso que se llama moros, o mogrebíes, habitantes del norte de

Africa, estuvieron en un **trasiago constante** pasando a la península y saliendo de ella.

Así se explica el suceso de 711, cuando un estado militarmente organizado, como es el visigodo, cae por una simple escaramuza (como fue la batalla del Barbate) llevada a cabo por rabadanes y pastores rifeños. ¿Por qué se desmorona tan fácilmente? Porque aquí había una «quinta columna» mora poderosísima.

—¿De ahí que en la Reconquista no se registren demasiados combates cruentos entre moros y cristianos?

—Reconquista que no es tal, sino una simple lucha discontinua por una serie de intereses entre los reinos cristianos y moros que ocupan la Península. Pero en ningún caso se tenía al moro por invasor. Lo prueban muchos hechos: el que los reyes cristianos se opongan siempre a las matan-

zas indiscriminadas de moros, como quieren hacer los reyes extranjeros cuando vienen aquí, o el hecho de que el Cid, cuando abandonó a Alfonso VI, se vaya a Valencia, pero no a luchar contra ellos, sino que se pone a su servicio.

Pero no hay una reconquista de nada, porque el moro no aparece como invasor. En cambio sí se ha sentido siempre como invasor al romano.

España fue el último país pacificado por Roma, y dentro de ella, el País Vasco y Cantabria. Ahí habría que entender la explicación de los problemas que hoy se plantean en Euskadi. Yo pienso que ETA ha existido siempre. Del mismo modo que la polémica actual sobre si Mercado Común sí o no, es la polémica eterna resumida en la frase «Europa empieza en los Pirineos»; frase que —aparte de ser una verdad, por lo menos

una verdad a medias— sólo es peyorativa porque la decían los europeos, pero no porque los españoles lo sintiéramos así. Lo que pasa es que a lo largo de todas estas intervenciones europeas se va produciendo el fenómeno de los romanizados, los afrancesados, etc., esto es, una corriente de opinión que niega —en mi criterio— la esencia de lo que es España y que poco a poco va aumentando su influencia en el país.

El origen de nuestras continuas guerras civiles es esta bipolaridad inicial, esta esquizofrenia que nos divide a nosotros mismos en dos seres: nuestro nivel racional y nuestro nivel irracional.

Estas guerras civiles, en mi opinión, seguirán sucediéndose en tanto no hagamos la paz con nosotros mismos y regresemos a nuestros arquetipos, etc.



Ultimo día de Numancia (año 133), cuadro de Vera.



Batalla del Barbate o del Guadalete (año 711), cuadro de Mota.

—¿La España antigua es la España feliz, y es a partir de la llegada de Roma cuando se empieza a producir una adulteración de nuestro ser?

—Sí. La evolución de la España antigua que viene en la cita de Tácito que encabeza el primer tomo es lo que me dio la idea del libro:

Dice Tácito que por el año 83 a. de C. los termístinos, que eran los habitantes de la Celtiberia, sentían ya la conciencia de una decadencia, que los españoles ya no eran lo que habían sido.

—¿En qué medida en esa España antigua había ya una sola raza, un solo pueblo que aglutinara o representara a toda España?

—Naturalmente todo esto es muy elástico. La más antigua referencia histórica que tenemos en este sentido es la de Estrabón, que dice taxati-

vamente que los habitantes de la Península Ibérica adoraban a un solo y mismo dios, tenían una lengua común, se regían todos por leyes con seis mil años de antigüedad y formaban un sólo pueblo que, en las noches de plenilunio, se reunía a bailar delante de sus casas.

Bailes que seguramente eran de salutación lunar o solar, que son los eternos bailes redondos del Mediterráneo: muñeiras, sardanas, bal o toambo de Cerdeña, jota, etc.

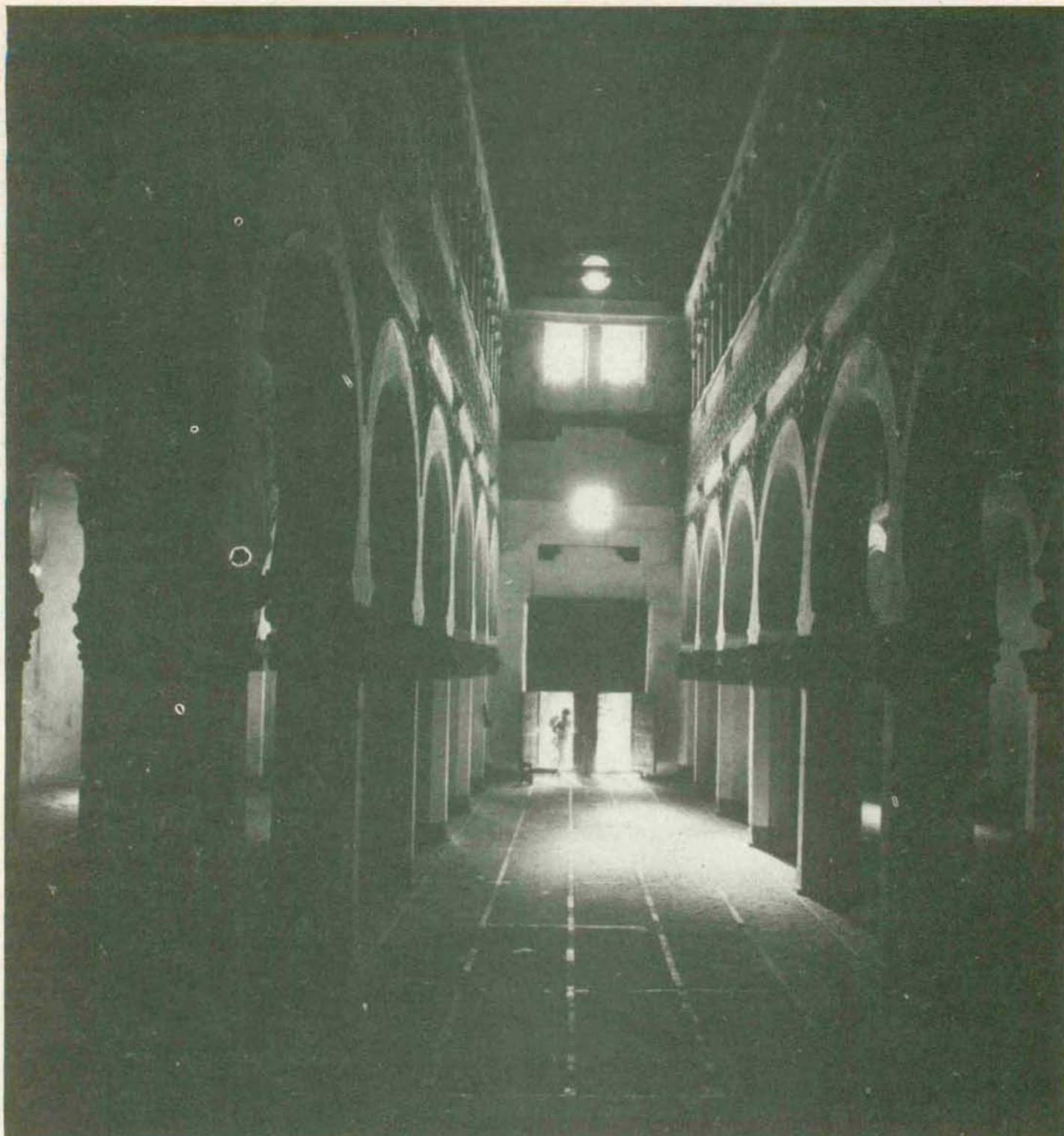
—¿Cree usted que en esa comunidad de pueblos se incluían ya los vascos?

—Bueno, según autores muy conspicuos que han estudiado el tema, lo que llamamos antiguos iberos eran los vascos, y las únicas traducciones que se han hecho de las estelas encontradas en lengua ibera, se han hecho a través del vasco. No veo, por tanto,

inconveniente en suponer que existía un solo pueblo.

—Antes decía que muchos historiadores le iban a acusar de saltimbanqui de la Historia. ¿No cree usted también que muchos historiadores, a sí mismos llamados progresistas, le pueden acusar de que el fondo de su teoría (el regreso a nuestras esencias más antiguas) es reaccionario, cuando para ellos, lo que ha traído el progreso a España ha sido, justamente, el contacto con Europa, con el exterior (Renacimiento, Reforma, Revolución francesa, etc.), mientras que han sido los reyes más reaccionarios (Felipe II, Fernando VII) los que se han señalado por cerrar España al influjo europeo?

—Claro, lo que sucede es que para mí estos historiadores son los verdaderos reaccionarios. Por ejemplo, Madariaga declaraba poco antes de morir que el País Vasco, al ha-



Santa María la Blanca de Toledo, antigua sinagoga realizada en estilo almohade en tierra ya cristiana y, por tanto, del círculo mudéjar.

ber sido el último en ser colonizado por los romanos, llevaba esos siglos de retraso respecto al resto de España, colonizada anteriormente. Para mí es justamente lo contrario: yo diría que precisamente por eso, lleva esos siglos de adelanto, de fidelidad a sí mismo. Por eso, a mi modo de ver, en estos momentos es

el pueblo que mayor conciencia tiene de sus propios orígenes.

Mi tesis es que, o bien los antecedentes étnicos de este país estaban ya mezclados, desde un principio, y éramos todos judíos, moros y cristianos, por así decirlo, o bien que existía una especie de numen geográfico que impulsaba a esta

gente a quedarse aquí, en nuestro suelo, con nuestros modos de pensamiento y de vida. Y por eso surge la Cábala, y por eso también el sufismo y por eso todo el misticismo del Siglo de Oro (cuando España quizá por la aventura americana se encuentra a sí misma) no se entiende sin los antecedentes su-

fitas y cabalísticos. Desde Raimundo Lulio, hasta San Juan o Santa Teresa o Miguel de Molinos, que cierra el ciclo, todas sus fuentes son el sufismo, la cábala y el cristianismo, fuentes coptas y gnósticas, etc. En definitiva, la canción es siempre la misma: gnosticismo.

—¿Qué relaciones pueden establecerse entonces entre la cultura árabe, la sabiduría judía, el esoterismo y la influencia de todos ellos en los autores hispanos del Siglo de Oro?

—Hay un continuo movi-

miento de vaivén. Los árabes, cuando comienza la Guerra Santa y se precipitan hacia Occidente, al pasar por el Sinaí, se ponen en contacto con lo que era el reino del Preste Juan, donde estaba todo el saber cristiano, el saber auténtico, el saber esotérico, refugiado —como luego se ha descubierto en época ya muy actual, con los manuscritos del Mar Muerto, etc. En esos monasterios coptos, los árabes reciben el antiguo mensaje gnóstico y lo devuelven a España, cuando ya el priscilianismo prácticamente estaba olvidado. Pero es siempre lo

mismo, llueve sobre mojado. Entonces, gracias al mantenimiento en España de esta cultura árabe, así como de la judía, se asegura la continuidad con la cultura española autóctona (anterior a la dominación romana) que había sido abatida con la derrota del priscilianismo, como veíamos antes. Ambas culturas, la mudéjar y la sefardita, tras salvar esta continuidad, se vuelven a colar de rondón en el panorama español del Siglo de Oro, en parte a través de los místicos, en parte a través de los grandes escritores del Siglo de Oro, que si luteranos que si no



Recepción de los embajadores vascos por Abderrahmán II (año 823), cuadro de Huertas.



Felipe II recibe en El Escorial a una diputación de los Países Bajos (año 1598), cuadro de Arcos.

luteranos, que si protestantes que si no protestantes, etc., pero que esconden tras un lenguaje críptico, una interpretación heterodoxa de nuestra realidad.

Todos los grandes escritores del Siglo de Oro, Cervantes, Góngora, etc., pueden ser interpretados en claves esotéricas. Lo ha hecho un chileno llamado Moreira. Cualquier lector de los clásicos españoles se da cuenta de que todos sus libros —en especial **El Quijote**—, admiten una segunda lectura en esta clave esotérica, que son «obras abiertas» donde las haya... Donde, aun cuando no sepas, te das cuenta que hay otra lectura.

Es decir, que hay un hilo de continuidad desde los escritores árabes y judíos hasta los grandes del Siglo de Oro. Ese hilo no se quiebra nunca; lo que pasa es que a veces es evidente y a veces clandestino. Y también con esa clandestinidad obligada surgen gurúes y farsantes, como surgen ahora

y en todas las épocas. Pero esto se debe ni más ni menos a que el país lo reclama.

—¿La conclusión del libro podría ser, entonces, que la historia de España es un continuo debate entre su propia tradición, autóctona y más bien herética, y los sucesivos intentos de dominación extranjera, procedentes de una Europa con pretensiones de relacionarlo todo?

—Sí. El libro quiere ser una historia completa de España, y arranca desde lo más antiguo que se refiere a nosotros, que es la leyenda de la Atlántida, y llega hasta nuestros días. Lo que sucede es que con Carlos II el Hechizado se produce la gran hecatombe.

Hasta este momento, todos los desastres, todas estas fechas fatídicas, se superaban. Sobre todo, en el Siglo de Oro, se produce una gran explosión en la que los españoles volvemos a encontrarnos con nosotros mismos. Pero entonces llega Europa, el cartesianis-

mo, la razón, etc., llegan los Borbones a hacer una marina moderna, a convertir España en un Estado —España no lo había sido jamás; había sido la imaginación, la locura, el surrealismo en el poder, por bueno o malo que esto le parezca a cada uno—. Llega la tentativa de recortar sombreros y capas, con una simbología muy clara, y se produce el famoso motín de Esquilache, y a partir de todo eso va quedando muy poco de esta historia; lo único que queda, desde entonces, que nos siga uniendo a ese pasado —aparte de nuestro subconsciente, que sigue existiendo, y está ahí, y fenómenos como la anarquía ibérica lo demuestran—, lo único que queda, digo, es el folklore: las fiestas populares, como la de los solsticios: el de invierno, con la Navidad, y las de verano, en San Juan; la trashumancia pastoril y, sobre todo, los toros, que es nuestra peculiaridad evidente, tangible, más llamativa. ■
A. G. C.